

MORINA, Christina. *The Invention of Marxism: How an Idea Changed Everything*. Trad. Elizabeth Janik, Nueva York: Oxford University Press, 2022, 537 pp. ISBN: 9780190062736

¿En qué medida resulta determinante el compromiso entre marxismo y realidad? Esta es la cuestión de fondo que Morina deja entrever en esta exploración del marxismo temprano a través del estudio biográfico individual de la primera generación de marxistas y que aparece ahora traducida al inglés tras su primera publicación en alemán en 2017. Así, inspirada por «el supuesto fundamental de que «el estudio radical de la realidad» es el primer mandamiento del marxismo» (xviii), la dimensión biográfica es la elegida para conducir el propósito general de la obra: entender en profundidad cómo desde el presente individual surgió un ímpetu de transformación social (xiii) y cómo se gestó el imparable poder de expansión y persuasión que tuvieron las ideas de Marx más allá de Alemania (x-xi). Esto es, se pretende ahondar en las condiciones que hicieron posible la *invención* del marxismo y cuya fuerza transformadora no estaría localizada en meros presupuestos teóricos sino que sería fruto de los esfuerzos individuales moldeados por las circunstancias personales de esta primera generación nacida entre 1845 y 1870 en Alemania, el Imperio austrohúngaro, Francia y Rusia e integrada por Karl Kautsky, Eduard Bernstein, Rosa Luxemburg, Victor Adler, Jean Jaurès, Jules Guesde, Georgi W. Plekhanov, Vladimir I. Lenin, y Peter B. Struve. En consecuencia, encontramos un retrato colectivo pormenorizado que

atiende comparativamente a las diferencias y a las similitudes de toda una serie de experiencias que habrían dado forma a las diversas maneras que este grupo tuvo de responder a la *cuestión social*. Es decir, atendiendo a estas condiciones sociales, el objetivo de Morina es aunar dos perspectivas en reciente ascenso: integrar lo biográfico en la historia del movimiento obrero y entender a éste último dentro de la historia de los movimientos sociales (xvi).

No en vano, estos condicionantes son exhaustivamente dibujados a través de una amplia recopilación de recursos (tanto de fuentes primarias como secundarias) que hacen de esta perspectiva biográfica todo un esfuerzo de reconstrucción por parte de Morina al buscar el retrato interior y exterior de nuestros protagonistas (39) y que encuentra en el factor social y emocional la clave que revela la fuerza de los movimientos políticos de los siglos XIX y XX (xvii-xviii). Por un lado, a las biografías y autobiografías se les suman diarios, cuadernos de apuntes, cartas, lecturas, ilustraciones y hasta trabajos escolares. Y por otro, se evita caer en la sobreestilización o sobreinterpretación autobiográfica atendiendo a hechos sociales y políticos como la gran Revolución rusa de 1905-1906, la revolución de 1848 en los Estados de los Habsburgo, las luchas del proletariado entre 1880 y 1890 en la Viena de Adler o la huelga de mineros de Carmaux de 1892 presenciada por Jaurès. Además, la contextualización biográfica, política y social viene acompañada de consideraciones teóricas igual de esclarecedoras. En ningún momento se deja de lado la precisión conceptual y podemos encontrar aclaraciones de términos clave como,

por ejemplo, el de *revolución* a través de las puntualizaciones teóricas iniciales del propio Marx y Engels (342-344), o el de *historia*, a través de su transformación significativa como proyecto abierto y explicada por Koselleck (77). Con ello, Morina intenta ofrecer el retrato de un marxismo que se constituye como visión del mundo (*Weltanschauung*) y que conecta íntimamente la ideología con la realidad y la experiencia (xx).

La historia individual y colectiva del marxismo y de los primeros movimientos socialdemocráticos son desarrolladas a lo largo de tres grandes capítulos que dividen la obra: «Socialización», «Politización» y «Compromiso». El primero de ellos parte del s. XIX y se ocupa de describir el ambiente familiar, la niñez y la juventud de este heterogéneo grupo que, a pesar de ello, comparte unos orígenes similares: son hijos de familias más o menos acomodadas que insistían en el valor del conocimiento y de la educación, circunstancias que favorecieron su formación académica universitaria y el dominio de varias lenguas. Además, a esta formación intelectual se le suma una temprana autoconciencia política y social que se une a una personalidad firme: todos ellos contaban con gran confianza en su capacidad para ser actores históricos de cambio y en esta clave interpretaban su proyecto de vida (31-35). Así, el carácter vivencial se vuelve en una herramienta que revela la rapidez con la que esta primera generación acogió la idea de emancipación, ya fuese a través de una primera influencia de la visión marxista del mundo como en el caso de Bernstein, Kautsky y Struve, o de la herencia judía de Adler, Bernstein y Luxemburg (31-32). Por otra parte, este espíritu de ac-

ción y emancipación viene acompañado por la presencia viva del término *revolución*: la influencia del romanticismo y el clima político convulso que vivía Europa llamaban a materializar el espíritu revolucionario, que ahora dejaba de ser un concepto utópico para adquirir una significación radical de realización en el presente (61).

La segunda parte («Politización») se divide en dos secciones que ilustran la consolidación y expansión de las obras de Marx: comienza en 1878 recorriendo Francia, Alemania y Austria con las experiencias de Guesde, Jaurès, Bernstein, Kautsky, y Adler, y termina en la década de 1890 hasta llegar a 1903 con Plekhanov, Struve, Lenin, and Luxemburg pasando por Ginebra, Varsovia y San Petersburgo. En este punto se narra en mayor profundidad los primeros encuentros de esta generación con los escritos de Marx, una relación que partió de la práctica y que se vio complementada por la teoría (116). Aunque la recepción fue variada y, a veces, incluso difícil de reconstruir, trasluce el claro impacto vital de este primer acercamiento. Con ello, la lectura individual se convierte en la historia misma del marxismo ya que, tras la muerte del maestro en 1883, surge la tarea de asentar el canon marxista y de difundirla por toda Europa, empresa que corrió a cargo de los discípulos de Marx y Engels. Este es el momento en el que se sitúa la *invención* propiamente dicha del marxismo para Morina (115): junto a su importante labor de expansión y popularización de las obras de Marx, este grupo se encarga de dar forma al proyecto político marxista dotándole de una firme base ideológica y política, una base sólida que reforzará el

lenguaje de emancipación que inspirará a toda Europa hasta convertirse en el vehículo del movimiento obrero.

Por último, el tercer capítulo («Compromiso») relata con mayor concreción en qué medida la primera generación entró en contacto con la realidad de su tiempo. Fruto de sus viajes por las grandes urbes como Berlín, París y Londres, todos ellos muestran su desagrado por la vida moderna en la ciudad; conscientes de las condiciones de miseria del proletariado, observan cómo la industrialización masiva y el capitalismo sentencian de muerte a los trabajadores sometidos a su yugo (311). Sin embargo, siempre observando las circunstancias personales de cada individuo, Morina se encarga de mostrar cómo este compromiso compartido partía de diferentes formas de contacto e interacción con las condiciones de miseria de la realidad urbana. Por ejemplo, Adler tuvo contacto directo con la situación de las clases bajas pero Luxemburg mantuvo siempre una distancia que se traduce en su romantización de la precariedad y en su lamento por del destino cruel al que estaba sometido el proletariado (299). A pesar de ello, todo el grupo compartió su postura crítica y su compromiso por la cuestión social que encontraba como modo de ejecución un intervencionismo que se materializó en programas políticos concretos. Finalmente, el momento crucial de encuentro con la realidad se produjo en 1905 con la Revolución rusa, hecho que se presentaba como ocasión para plasmar el carácter transformador de la concepción moderna de revolución (344). Tal suceso generó diversas reacciones en cada uno de los miembros de la primera generación de marxistas que se

tienen que plantear cuál es la extensión de su compromiso. Pero lo que este momento revela es que las varias repuestas que surgieron ya no eran dependientes de los textos originales de Marx sino que se produjeron a partir de la integración total del marxismo en el pensamiento de cada uno de los individuos, una formulación transformada por la vivencia personal generando así una visión propia que delinea sus propios modos de actuación en la realidad misma.

En conclusión, a lo largo de sus más de quinientas páginas, Christina Morina pretende elaborar cómo la *invención* del marxismo no se debió a una espontánea conversión o a una decisión repentina por parte de los nueve protagonistas que conforman esta primera generación de marxistas, sino que se trató de un largo proceso (282) que demuestra la gran adaptabilidad que tuvieron las ideas de Marx a diversos contextos. Gracias a la diversidad biográfica de cada uno de los individuos que aquí se desarrolla apreciamos el esfuerzo colectivo que supuso la expansión y consolidación del marxismo mediante una investigación que desvela la realidad oculta detrás de la ideología o del movimiento político. Es quizá por este motivo que Morina insiste en elaborar una reconstrucción histórica no ideológica (400) de lo biográfico vertebrándola a través de la socialización, la politización y el compromiso; solo así podremos movernos más allá del camino de la historiografía política para adentrarnos en una historia fundada en la experiencia que revele los orígenes, el desarrollo y las peculiaridades que construyó esa visión del mundo propia del marxismo y que causó tanta fascinación. A saber, la lectura de *La invención del*

*marxismo* desarrolla un retrato poliédrico traspasado por las vivencias interconectadas de la primera generación de marxistas conformando una suerte de compromiso doble entre realidad e individuo en la que la teoría marxista ejerce de mediadora: lo personal-vivencial y lo social-histórico dan aliento al individuo quien, desde sus particularidades, entiende la necesidad de intervención sobre lo real comprometiéndose fielmente desde el activismo político. Por ello, el aspecto destacable de la investigación

que Morina presenta en esta obra radica en una narración procesual que se nutre de los aspectos diferenciales y compartidos y que aparecen fortificados por el factor intelectual y emocional hasta revelar todo el entramado que construyó el tejido fundacional del marxismo.

Beatriz L. FÍNEZ

*Universidad de Salamanca*

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002->

9592-4822